

# Territorios literarios y geografía humanística

FRANCISCO DE PAZ TANTE

Asesor del Gabinete del Consejero de Educación y Ciencia

La literatura constituye una valiosa fuente de información para la geografía humanística, una forma de entender las relaciones entre los hombres y sus paisajes en la que prevalecen los sentimientos, la empatía. La literatura de la memoria de los espacios rurales tradicionales, los libros de Julio Llamazares, entre los que destaca *La lluvia amarilla*, los de Luis Mateo Díez, los de John Berger, o los del propio Miguel Delibes, son obras en las que sus paisajes aparecen como lugares vividos, sentidos; y también, en muchos casos, abandonados o incluso sepultados bajo las aguas de los pantanos. Son paisajes de la imaginación y de la memoria, de la literatura y de la vida.

## Geografía humanística y educación sentimental

A lo largo de los años, nuestra educación sentimental se va urdiendo con diferentes pasiones, sin que nunca sepas bien si es sólo el azar quien las va juntando, o se trata de alguna pulsión interior que se empeña en hacerlas confluir. En mi caso, hace ya mucho tiempo que confluyeron dos de esas pasiones: la geografía y la literatura.

Pero no hablo de esa geografía descriptiva y memorística que aún atormenta y espanta a los alumnos en los institutos; y tampoco de la literatura de viajes que nos enseña paisajes lejanos o desconocidos. A la que me refiero es a una geografía próxima e íntima, humanística, que utiliza la literatura como una de sus fuentes de información, como vehículo de verdades trascendentales, según decía la geógrafa Aurora García Ballesteros, quien, junto al profesor Estébanez, me enseñaron en los años de Universidad que hay otra

forma del ver el mundo, los paisajes en que vivimos y con los que estamos engarzados mediante emociones y sentimientos que conforman, aunque a veces no seamos conscientes de ello, aspectos fundamentales de nuestra propia existencia.

Luego leí *La poética del espacio*, de Gastón Bachelard, y descubrí sus paisajes vividos, y también los de Edgar Allan Poe, Henri Bosco u otros grandes escritores. Espacios que no son los entregados a las medidas del geómetra, sino los lugares vividos, nuestro espacio vital con el que, de acuerdo a las dialécticas de la vida, nos enraizamos y conforma nuestro “rincón en el mundo”, fuente de sentimientos y de sueños.

Hubo un tiempo en que estudié con verdadera pasión esta tendencia geográfica humanística, una geografía antropocéntrica, fundamentada en las corrientes filosóficas de la fenomenología y el existencialismo, que ponen el acento en la

## I Reflexiones

libertad y la subjetividad, huyendo de los intentos por establecer regularidades en los comportamientos humanos. Una geografía del mundo vivido, marcado siempre por el valor y la memoria, que nos lleva a estudiar la Tierra como “el hogar del hombre”, y donde la literatura se constituye en una valiosa fuente de información, según lo exponen Anne Buttimer, García Ballesteros, José Estébanez y Horacio Capel, entre otros. Y después también me apasioné por las obras de los escritores de la memoria del mundo rural tradicional, las que hablan del éxodo del campo y del abandono de los pueblos. Luego, las dos pasiones confluyeron. Para entonces, además de intentar explorar nuevos caminos en la enseñanza, ya me había inventado mis primeros cuentos y me estaba acostumbrando a vivir con la obsesión de escribir.

**A la que me refiero es a una geografía próxima e íntima, humanística, que utiliza la literatura como una de sus fuentes de información, como vehículo de verdades trascendentales**

Por eso uno de los primeros relatos que publiqué se titulaba *Retratos del tiempo amarillo*, porque estaba inspirado en una de las novelas de la memoria y de la muerte de los pueblos más emocionantes y estremecedoras jamás escritas: *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares.

#### Literatura y memoria

*La lluvia amarilla* es la novela más emblemática de la literatura de los pueblos abandonados, una fuente inagotable para la geografía humanística, para sentir la rabia, el dolor, los estragos de la soledad y el silencio, en un mundo que se muere, como el de ese pueblo del Pirineo aragonés, Ainielle, que desaparecerá definitivamente cuando deje de recordar su último habitante. Pero *La lluvia amarilla* es también una hermosa obra literaria que estre-

mece y emociona. Yo la leí durante un invierno en un pueblo del norte de Palencia. Nunca se me olvidará la desolación que sentí sumergido por las noches en las páginas de este libro tristísimo, mientras afuera se enredaba el viento entre los álamos de la ribera del Carrión. Fue una conmoción parecida a la que me había producido algunos años antes, aunque con un estilo más sobrio, desnudo y seco, la lectura de los cuentos de Juan Rulfo; y similar, también, a la inmensa desolación que he sentido recientemente leyendo *Los girasoles ciegos*, de Alberto Méndez. Son libros, en fin, que me han mostrado uno de los aspectos de la literatura que más me han interesado siempre —a mí, por cierto, que nada me interesan los misterios ni los enigmas sagrados ni los códigos tan de moda últimamente en las librerías—: su capacidad para conmover.

Julio Llamazares ha escrito también, con belleza y fuerza literaria, hermosas páginas sobre otros paisajes, como los de las montañas de *Luna de lobos*; o los mineros de Olleros, el pueblo de *Escenas de cine mudo*; o los del *Tras-os-Montes* portugués; o incluso los de su pueblo natal, Vegamián, ahora sumergido bajo el pantano de Porma, que —paradojas del destino— construyó el ingeniero y escritor Juan Benet, creador de los territorios literarios de *Región*. En su libro *Retratos de bañista*, Llamazares expresó las emociones que sintió ante la visión de las ruinas de su Vegamián natal emergiendo de las aguas por un desembalse del pantano:

“El viajero camina por el pueblo como un sonámbulo. Va mirando las tapias de los huertos, los árboles podridos, los balcones de hierro enrojecidos por el óxido, la torre de la iglesia derrumbada...”

Pero hay muchos más escritores que se han lamentado por la desaparición de los pueblos y los paisajes rurales tradiciona-



El embalse de Riaño, que inundó el pueblo antiguo.

les, quienes han escrito sobre esta amputación paisajística y cultural. Y, entre ellos, está otro leonés —como Llamazares—, Luis Mateo Díez, que escribió *La ruina del cielo* y *El espíritu del páramo*, en el que aparecen por primera vez sus campos de Celama, donde también hay pueblos muertos:

*“lo más inolvidable de todo era ver las espadañas de las iglesias de los pueblos inundados (...) como súplica resignada de lo que estaba sumergido.”*

Llevo mucho tiempo interesado por los libros y los escritores que han expresado sus emociones ante los paisajes rurales engullidos por las aguas de los grandes pantanos. Y, hurgando entre los estantes de una librería de Zaragoza, descubrí un libro titulado *Las otras lluvias*, de José Luis Acín.

En sus páginas se recogen varios párrafos de otro libro anterior con el título de “Riaño vive”, y por ello pude leer algunos de los mejores textos que se han escrito sobre el mundo que quedó sumergido bajo ese gran embalse de las montañas leonesas. Palabras llenas de sentimiento y poesía, como las de José María Merino:

*“Recogía en mi mirada todos los lugares que iban a desaparecer para siempre: las aldeas, con sus caseríos y sus espadañas, las sendas marcadas por el caminar de sus hombres, las huertas y los cultivos del afán cotidiano, las pequeñas vegas adornadas aquellos días por el oro del otoño”.*

O palabras de tremenda tristeza, como las de Antonio Gamoneda, o Juan Pedro Aparicio

## I Reflexiones



Vista actual de Ainielle (Huesca).

*“Luego, cuando la ruleta se detiene, nos queda un escozor caprichoso y curvo. Un escozor ya para siempre jamás, un escozor petrificado en pena.”*

Y antes que Julio Llamazares, Luis Mateo Díez o José María Merino, Miguel Delibes ya había escrito muchas páginas sobre los pueblos tradicionales, sus gentes, sus vidas, y también sus muertes bajo la lluvia amarilla de las hojas del otoño, como ocurre, en este último caso, con la desaparición anunciada del pueblo de *El disputado voto del Señor Cayo*:

**Se trata de un mundo que conoce bien Daniel el Mochuelo, según se cuenta en *El Camino*; o el Nini, el niño sabio de *Las Ratas*; o Lorenzo, en *Diario de un Cazador*.**

*“No hay derecho murmuró. Y recostó la nuca en el respaldo del asiento.  
¿A qué no hay derecho, macho?  
A esto dijo Victor, apuntando a los últimos edificios del pueblo: A que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo.”*

Se trata de esa cultura que conoce bien Daniel el Mochuelo, según se cuenta en *El Camino*; o el Nini, el niño sabio de *Las Ratas*; o Lorenzo, en *Diario de un Cazador*.

Otro de los paisajes literarios que más huella me han dejado es el de Mágina, el pueblo de *El jinete polaco*, y que en realidad es la Úbeda natal de Antonio Muñoz Molina. Cuando leí la historia de aquel adolescente que, además de estudiar el bachillerato, conocía bien el trabajo en las huertas y en los olivos, y oía por las noches en una de aquellas máquinas que entonces había en los bares a Jim Morrison cantar *Jinetes en la tormenta*, mientras aprendía a beber y a fumar, y también a sentir la desazón de los primeros amores no correspondidos, yo no hacía nada más que pensar en mi propia adolescencia en un pueblo muy parecido al del protagonista de esta novela.

He pasado mucho tiempo buscando por la literatura de la memoria, la de los paisajes rurales tradicionales, la que habla de aquel éxodo de los años sesenta y setenta a Madrid, a Barcelona, a Zaragoza o a Alemania, que dejó los pueblos vacíos de

gente y, muchos de ellos, despojados de futuro, con la carcoma del abandono inundando las casas ya vacías y desvencijadas, que se fueron llenando poco a poco de aleteos y de reptiles, ante el acecho implacable de las ortigas y de las zarzas, ocupando de nuevo un espacio que en otros tiempos estuvo lleno de gentes y de vida. Y esta búsqueda me llevó también hasta John Berger, al lamento de este gran escritor honesto y lúcido, a sus sentimientos ante la muerte del campo y de la cultura de los campesinos en Europa, tal y como lo narra en *Puerca tierra*:

“espero a la luna nueva para plantar los arbolitos porque quiero dar ejemplo a mis hijos, si es que están interesados en seguirlo, y, si no lo están, para demostrar a mi padre, y al padre de mi padre, que el conocimiento que ellos me transmitieron todavía no ha sido abandonado”.

En los territorios de los cuentos y las novelas que he escrito está la memoria de mi vida en un pueblo, pero también todos estos territorios que he descubierto a través de la literatura, los de Ainielle, los de Celama, los de los pueblos sumergidos bajo el pantano de Riaño, o de Porma, y también los que están en la memoria de Delibes, y los de Mágina, e incluso los más lejanos de Comala, de Macondo o los inventados por Faulkner en su profundo sur de Yoknapatawpha. Es una Geografía de la imaginación, de los espacios de las vidas inventadas, noveladas; pero tan reales como las emociones y los sueños que brotan de sus lecturas.

Con esos paisajes se fue conformando mi pasión por la geografía humanística,

de los sentimientos y de la empatía. Una forma de conocimiento geográfico, de estudiar las relaciones entre los seres humanos con sus lugares, que, en estos tiempos de Reforma, por su gran valor educativo y las posibilidades que ofrece el trabajo interdisciplinar entre los profesores de Geografía e Historia y los de Lengua y Literatura, convendría conocer y potenciar. Y con esos territorios también, por supuesto, se me fue conformando la pasión por la literatura. ●

### Datos de interés

- ACIN, J.L. : *Las otras lluvias*, Zaragoza, IberCaja, 1994
- BACHELARD, G. : *La poética del espacio*, Méjico, FCE, 1965.
- BERGER, J.: *Puerca tierra*, Madrid, Alfaguara, 1965.
- GARCIA BALLESTEROS, A.: *Geografía y Humanismo*, Barcelona, Oikos Tau, 1992
- DELIBES, M.: *El Camino*, Barcelona, Destino, 1998
- Las ratas*, Barcelona, Destino, 1997.
- El disputado voto del señor Cayo*, Barcelona, Destino, 1997
- Diario de un cazador*, Barcelona, Destino, 1997
- ESTÉBANEZ, J.: *Tendencias y problemática actual de la Geografía*, Madrid, Cincel, 1982
- LLAMAZARES, J. : *La lluvia amarilla*. Barcelona, Seix Barral, 1988.
- Luna de lobos*, Barcelona, Seix Barral, 1985
- Retrato de Bañista*, Badajoz, Ed. Oeste, 1995
- Escenas de cine mudo*, Barcelona, Seix Barral, 1994
- MATEO DÍEZ, L.: *El espíritu del páramo*, Madrid, Ollero y Ramos, 1996.
- La ruina del cielo*, Madrid, Ollero y Ramos, 1999.
- MÉNDEZ, A.: *Los girasoles ciegos*, Anagrama, Barcelona, 2005
- MUÑOZ MOLINA, A.: *El jinete polaco*, Barcelona, Planeta, 1991